

Habia hoy entablado la conversacion en tono tan solemne, tan religioso, por decirlo así, que el jóven corazón de José, susceptible de todos los entusiasmos y de todos los actos de abnegacion, habia comenzado á creer. Estaba sinceramente serio y conmovido, sí, cuando le dijo á Biassou :

— ¡Os creo! Todo lo que ordeneis, lo haré.

Pero en este instante dudaba; y al ver que el delirio victorioso le hacia saltar de su cama, pensaba :

— ¡Es su locura!

Pensaba :

— En su ensueño, me decia que ese tesoro que debe salvar á Rancogne, y del que me hablaba poco há, no existe mas que en su cerebro trastornado.

Mientras tanto el Biassou se habia arrodillado en un rincón de la pieza, y, sirviéndose de sus uñas, hacia un agujero en la tierra blanda.

— ¡Es el delirio! pensaba siempre José.

Y en voz alta añadía :

— Vamos, padre Biassou, os vais á resfriar; volved á acostaros.

El tono zalamero de su voz llamó la atencion de Biassou, que se desvió con desconfianza.

— Tú me crees loco, dijo; tú no haras lo que te diré.

— ¡Sí, sí! lo haré; pero volved á acostaros. Os juro que lo haré.

— ¿Lo juras?

— Locura ó no, lo haré. ¡Os lo juro por mi alma!

— Pues bien, entonces, exclamó el Biassou mostrando una cartera todavía manchada de tierra, ¡Rancogne está salvado! Sí, aun cuando el conde Octavio caiga en sus redes, aun cuando la condesa Elena y el pobre querido inocente que va á nacer fueran sus víctimas, ¡Rancogne está salvado! ¡Rancogne está salvado!

Esta vez, el anciano Biassou divagaba. Fuera del conde Octavio y de la viuda de su hermano Jorge, no habia mas Rancogne en el mundo. José no pudo menos de encogerse de hombros. El Biassou se aperció de ello, pero no se conmovió.

— ¡Qué importa que me crea! se dijo, puesto que me ha jurado que, locura ó no, haria lo que le dijera!

El Biassou sacó de la cartera dos papeles: uno cubierto con un sobre espeso cuidadosamente sellado, y un pedazo de papel estrecho y manchado, en el cual estaba groseramente trazado una especie de plano.

En el del sobre se leía el nombre de José. José quiso abrirlo, pero Biassou le detuvo la mano.

— Júrame, dijo, que no rasgarás esta cubierta sino despues que tengas el tesoro en tu poder.

— ¡Lo mismo que decir jamás! pensó José.

— Júrame que mientras quede un Rancogne, tu vida, tu inteligencia, tu trabajo, le pertenecerán, y que no abrirás este papel sino el día en que vuelvas á traerle á la casa de sus padres, rico, honrado, libre de todo peligro.

A pesar suyo, la solemnidad de esta escena comenzaba á predominar en el corazón de José, que de nuevo empezaba á creer.

— Lo juro, dijo con voz inmutada.

— Pues bien, entonces, examina este otro papel y oye.

— ¡Pero este, este! preguntó José sacudiendo el sobre que le quemaba los dedos.

— Este, murmuró Biassou, contiene tu recompensa y mi rehabilitacion...

Mientras que José recogia las extrañas confidencias del viejo tonelero; mientras que la linda Rosa trataba de infundir un poco de fé en el alma del conde Octavio sobre el porvenir, ¿qué pasaba en los otros dos cuartos alumbrados del palacio de Noirmont?...

En una sala del piso llano, — la misma de donde se escapan por la estrecha hendidura de sus contraventanas cerradas, los débiles resplandores que van á reflejarse en el agua mansa del estanque, — tres hombres están sentados en derredor de una licorera.

Ya hemos encontrado á dos de ellos, y á pesar de la oscuridad que nos ocultaba sus rostros, podríamos reconocer á Hércules Champion y al doctor Toinon. Su compañero respondia al nombre de Juan Bautista Matifay, agente de negocios.

— Escuchad, decia descaradamente Champion vuelto de espaldas al fuego de la chimenea, ¡ó tomar ó dejar!

— ¡Veinte mil! mi buen Champion, es muy poco, dijo Matifay con su voz atiplada.

— Es muy poco, quiso repetir Toinon; pero una mirada de Champion le contuvo.

— Si regateais, refunfuñó Champion, tengo medios para enviaros á los dos á presidio.

Toinon se puso á tararear. Matifay sin menearse :

— Ya sabes que nos encontraremos bien donde quiera en tu compañía, amigo mio, dijo.

Champion no hacia sino roerse las uñas.

— ¡Vamos! expliquémonos una vez claramente, exclamó violentamente. ¿Cuáles son vuestras intenciones?

— Así me gusta, dijo Matifay. No hay necesidad de enfadarse. Estamos aquí para discutir nuestros pequeños intereses, ¿no es verdad? Tú eres un hombre muy inteligente, Hércules, y un buen amigo. (Había, á fé mia, cierta emocion en su voz.) Pero tu brutalidad te perjudicará. Perdóname si te causo pena; se deben dar consejos á un antiguo camarada. Es menester dulzura en los negocios. A ti te falta esa dulzura, positivamente, careces de dulzura.

Los dos amigos se estrecharon las manos. Toinon, tranquilizado, saboreaba un sorbito de su elixir y se sonreía. ¡Es tan bello el espectáculo de dos amigos sinceros que pueden decirse todo y oír todo uno del otro!

— El negocio no es tan bueno como lo habíamos creído, murmuró Champion volviendo á sentarse.

— Perdona que te diga, Hércules, respondió Matifay, que quizás no comprendes bien todas sus ventajas. El negocio, al contrario, es magnífico.

— Que tiene sus peligros, quiere decir Champion.

— Sin duda, para nosotros; pero para ti, ninguno. Tú eres muy fuerte, amigo mio, jamás lo he dudado yo. Si acaeciera una desgracia, lo que creo imposible en el punto

en que estamos, nadie sospecharia de tí... Todo recaeria sobre este pobre doctor ó sobre mí; tú eres un heredero legítimo, tienes derechos efectivos. Para participar nosotros es menester que lo hayamos ganado. Pero, por Dios, no andemos en regateos sobre la reparticion. ¿No somos como hermanos?

La emocion ahogaba su voz. Toinon dejó caer una lágrima en su vaso.

— ¡Hermanos! ¡hermanos! decia Champion con cierto retintín.

— ¿Cuánto vale la fábrica? preguntó bruscamente Matifay.

— Cuatrocientos mil francos.

— Si, porque la hemos desacreditado un poco en estos últimos tiempos, á fin de dar una explicacion á la muerte algo prematura de nuestro pobre Jorge. ¡Una gran desgracia! y si se quisieran inquirir las causas...

— La muerte por la tristeza se parece á un envenenamiento, dijo el doctor con tono dogmático.

— ¡Sin duda! ese pobre Jorge ha muerto porque la fábrica decaía. Él no tenia una cabeza sólida; pero, en uno ó dos años, nuestro amigo Champion, que es el industrial mas fuerte de la comarca, habrá devuelto á Noirmont su valor real, sea ochocientos mil francos.

Champion hizo un gesto negativo, pero sus labios no dejaron pasar ninguna sílaba de protesta. Matifay, que se habia detenido para esperar la objecion, continuó :

— Hay bonitos arbolados allá arriba, por la parte de Apreval. Los he examinado al venir. Los caminos se hacen; ved allí cortas que se pagarán caras el mejor día. Hay entre estas cortas, encinas que no daría yo á la marina por menos de cinco mil francos. Hay, ademas, cincuenta jornales de pradera de primera calidad en derredor de Noirmont, las alquerías, la Barra, la Trompardiera, las Brutillas y otros lugares que no nombro. Todo eso forma una buena extension de terreno, amigo Hércules. ¿Cuánto valen las Brutillas, la Barra, la Trompardiera, las alquerías, los prados de Noirmont y los arbolados de Apreval?

— ¡Oh! ¡sobre unos cien mil francos!

— ¡Acepto por ciento cincuenta, y yo los tomo!... Lo digo en broma, no lo tomes por lo serio. No soy yo quien abusaria jamás de la palabra de un amigo. Pero pongamos doscientos cincuenta, ¿eh? *Item* pues, doscientos cincuenta.

Y en la esquina de la mesa, con su dedo empapado en vino, escribió en primera línea 800000 francos, y debajo 250000 francos.

— Lleguemos á la cartera.

Champion exhaló un ronco suspiro. Toinon, como la máscara antigua que rie con un carrillo y llora con el otro, abria su boca con una festiva sonrisa por el lado que miraba á Matifay, mientras que por el otro, vuelto hácia el amigo Hércules, presentaba una completa inmovilidad.

— Lleguemos pues á la cartera, dijo Matifay. Nosotros no tenemos nada oculto para este excelente Toinon, ¿no es así? pues bien, aunque este asunto nos concierne á los dos mas particularmente, él no está demas en la discusion. En virtud

de compras hechas en toda regla, concertadas entre mí y la ferrería de Noirmont los Hornillos, he comprado durante dos años por doscientos mil francos de fundicion, de lo que tengo recibo.

Toinon abria grandes ojos y se preguntaba, el ingénuo: ¿Dónde puede haber encontrado este hombre esos doscientos mil francos?

— Las fundiciones revendidas por mí no han producido sino ciento noventa mil; pero algo es algo. Y seria una diablura si tú, que eres un hombre de orden, no hubieras hecho por aquí y por allí unos veinte mil francos de economia. Aun has hecho mas, estoy seguro de ello... pero no quiero regatear. Pongamos pues doscientos mil francos para la cartera. — *Item*, 200000 francos.

Luego, adicionando estas respectivas cantidades, exclamó :

— Cinco, ocho y dos diez, y dos doce. Total : un millon doscientos cincuenta mil francos.

Trazó una raya horizontal sobre su total, como todo aritmético algo celoso debe hacer, y añadió :

— Hé aquí el pastel.

Champion habria podido intentar una discusion; pero ni siquiera pensó en ello. Los guarismos tienen una elocuencia tal que nada puede responder á ella. Pasmado por el resultado de esta prodigiosa adiccion, el doctor sentia gotas de sudor que humedecian la raiz de sus cabellos. En este momento, la codicia daba casi vida á sus facciones por lo regular inanimadas y frias. Repitió á media voz, como para grabarse en la memoria este número respetable :

— ¡Un millon doscientos cincuenta mil francos! ¡El niño que debe nacer esta noche habria sido rico!

### III

#### CHAMPION, MATIFAY, TOINON Y COMPAÑIA.

La conversacion se animaba. Champion se habia bebido solo la mitad del frasco de aguardiente, como lo indicaba su faz enrojecida. El doctor Toinon estaba un poco pálido, y dejaba casi intacta la copa de elixir de Garus que tenia delante : Matifay (Juan Bautista) preferia el anisete, y su descarada mirada, encubierta por dos espesas cejas de un rubio sucio, iba socarronamente del uno al otro.

Ha llegado la hora de presentar mas particularmente á nuestros lectores á estos tres honorables personajes. — A todo señor todo honor : comencemos por el dueño de la casa.

Los inteligentes en conchiliologia admiten todos como evidente el principio de que por la concha se reconoce la ostra. Aunque nosotros no somos de los que procuran hacer pasar la ciencia del rompe y rasga en la novela, examine-



mos la concha de Champion para tratar de formarnos una opinion respecto de él.

A primera vista, cree uno hallarse en casa de un hidalgo campesino. Encima de la chimenea se ven colgadas media docena de escopetas en perfecto estado, apoyadas sobre cuernos de ciervo, y en la pared opuesta, polvorines, burjacas de perdigones y morrales de red, formaban un trofeo arreglado con el esmero propio de un aficionado.

Pero un bufete, donde los papeles están colocados tambien con un orden perfecto, indicaba pronto que M. Champion no era hombre que sacrificaba los negocios á sus placeres. En esta pieza, semi-gabinete de trabajo, semi-salon, cada objeto está precisamente en su lugar. Las sillas arriadas simétricamente á lo largo de la pared, los candelabros de cobre muy resplandeciente en los dos lados de la cornisa de la chimenea. — Era un hombre de orden, Hércules Champion; pero ¡cuidado! no se vaya á creer tampoco que sacrificara siempre los placeres á los negocios. Sabia entre ambas cosas establecer justa balanza: *In medio stat virtus*, no abusemos de nada, dice el sabio, ni aun de la virtud.

Ahora bien, M. Champion era realmente lo que se puede llamar un hombre cuerdo. Hasta este día, su vida lo habia probado siempre. Joven todavia, no disimulaba que tenia las flaquezas de su edad. No detestaba conversar con una fina botella de buen vino, al lado del fuego, despues de un largo y fatigoso día de caza. Y en el postre... ¡hé! ¡hé! contaba muy lindamente cuentos verdes. Las palabras picantes y chistosas no le escandalizaban, y sus ojos avispados probaban que tomaba cierto placer en ellas. Pero pasada la chispa, ya no parecia el mismo hombre, y Champion volvía á aparecer ese ser sin pasiones que se llama un hombre de negocios, y no hubiera hecho rebaja de un céntimo por la mejor botella de margaux, ó por la mas hechicera de las sonrisas.

Su aspecto era el de un moceton de treinta años. Su rostro de mejillas sonrosadas, se hallaba guarnecido con un collarín formado por una espesa barba negra. No solia sonreír con frecuencia; pero las modulaciones de su voz eran agradables.

Habia en su fisonomía cierto no sé qué que podriamos llamar la máscara, ó mas bien, la truhanería de la franqueza, porque esta fisonomía, simpática á primera vista, se trasformaba poco despues, por efecto de la socarronería de sus ojos.

Podía imitarse ó dibujarse su nariz, su boca, su frente, pero no se podía remedar su mirada. Cuando abría de lleno sus ojos, de un pardo claro, y miraba de frente, cosa que solia hacer muy rara vez, quedaba entonces destruida la favorable impresion producida por la sonoridad de su voz y por su caluroso apretón de manos. Bajo las apariencias de un hombre franco y candoroso, papel que sabia representar á las mil maravillas, este hombre era astuto y falso, y sabido es que esta clase de hipócritas es la mas peligrosa que hay en el mundo.

Así es que, á imitacion de esos cómicos, que á fuerza de

representar ciertos papeles, concluyen por identificarse con ellos, y continúan representándolos en la vida privada, Champion habia adquirido, en el trascurso del tiempo, el carácter real y verdadero de que un principio se habia revestido por cálculo. Cobarde por naturaleza, habia llegado á adquirir cierta energia que podia trasformarse en valor verdadero en ciertos momentos, ó á lo menos en aquel desesperado arranque del jabali acorralado, arranque que no es sino el valor de la cobardía.

En cuanto al doctor Toinon, todo el mundo conoce su carácter débil y sus disposiciones, tanto para el bien como para el mal: naturaleza neutra, pero sin corazon, que se espanta del crimen, pero que lo comete, sin embargo, no atreviéndose á resistir al que le impele á cometerlo; carácter de cera blanda que no conserva ninguna impresion, y que las recibe todas; sin pasiones verdaderas, es decir, sin grandes vicios ni grandes virtudes. Se dice de esas gentes: ¡Es un honachon! Pero cuando se tiene necesidad de un amigo verdadero, no se puede llamar á su puerta.

El doctor Toinon tenia cuarenta años. Calvo, recubria su calvicie con las mechas de detrás, y afectaba un talante de petimetre. Las mujeres le habian puesto á la moda, porque vestia bien y montaba siempre hermosos caballos.

Juan Bautista Matifay, perigordino y agente de negocios, era un adversario mucho mas temible, aunque por su exterior no apareciese así.

Figúrese un viejo precoz, ó mas bien, un medio término entre el adolescente y el anciano, porque no se podría asegurar con certeza si aquel rostro aplastado cubierto de arrugas imperceptibles, era el de un impúber ó el de un viejo honachon ya acartonado. No se veía en él la menor señal de barba; su voz era á la vez chillona y cascada, y su frente se hallaba cubierta con algunas mechas de cabellos cuyo color de un rubio sucio y mate, los hacia parecer casi blancos. Añádase á esto, miembros raquíticos que se agitan torpemente y con el mayor desgarbo; un pecho hundido y estrecho, como el de los tísicos; unos ojos que está guiñando sin cesar, como los miopes; una sordera pesada que le sirve de pretexto para hacerse repetir las cosas, ó para simular no haber oído las que no le agradan, y un acento perigordino acompañado de tartamudeo que le dan tiempo para reflexionar antes de contestar; y se tendrá una idea exacta de lo que era y podía ser el tal Juan Bautista Matifay, agente de negocios, y por añadidura perigordino.

Champion, hemos dicho, era capaz de hacer frente al mas valiente cuando se veía acosado. No negó la asercion de Matifay, se enderezó bajo el peso del ataque, y exclamó:

— ¡Todo eso es exacto! Pues bien, ¿y despues?

— ¡Oh, Champion! dijo Matifay con voz llorona, ¡un antiguo camarada de colegio! ¿Cómo? ¡gracias á nosotros y por nosotros (pues sin nosotros nada puedes) vas á recibir un millon y doscientos cincuenta mil francos, y tú nos ofreces de esa suma solamente veinte mil á cada uno!... ¡Tú, en quien yo tenia toda confianza! En verdad, la buena fé huye de la tierra al cielo. No se sabe ya hoy de quien fiarse.

El buen doctor alzaba los ojos y las manos al cielo y repetía como en un ensueño:

— ¡Un millon y doscientos cincuenta mil francos! ¡Un millon y doscientos cincuenta mil francos!

— Venid, Toinon, venid; hagamos ver á este ingrato que tenemos corazon, y que no se nos paga como lacayos; ya veremos cómo se las arregla, cuando no nos tenga ya, para desenredar la madeja.

— Pero en fin, ¿qué es lo que quereis? exclamó Champion, medio trastornada su cabeza.

— Nada, respondió Matifay.

— Presentad vuestras condiciones y discutámoslas.

— Así me gusta, respondió Matifay (perigordino y agente de negocios); creo que vas á ser razonable.

Metió un dedo en su vaso, y haciendo una raya vertical al lado de su total, murmuró:

— El tercio de uno no existe; el tercio de doce es cuatro; el tercio de cinco es uno para tres, y llevo dos; el tercio de veinte es seis para diez y ocho, y llevo dos; el tercio de veinte es seis, y llevo dos... seis y llevo dos... Así pues, cuatrocientos diez y seis mil seiscientos sesenta y seis francos sesenta y cinco céntimos es la cantidad que corresponde á cada uno de nosotros, ni mas ni menos. Pero nosotros tenemos la manga ancha en negocios, ¿no es verdad, Toinon? No somos como él, y nos contentaremos con cuatrocientos mil francos por cabeza.

— ¡Cuatrocientos mil palos en vuestras costillas! exclamó Hércules, á quien la calma de Matifay exasperaba. Despues de todo, si rehusais veinte mil francos, peor para vosotros. Veinte mil es un bonito caudal.

— ¡Dios mio! ¡qué mal razones esta noche! Ciertamente veinte mil francos son una bonita suma, pero no tan bonita como cuatrocientos mil.

— Si eso no os conviene, dijo brutalmente Champion, no teneis mas que decirlo. Yo haré mi negocio solo.

— ¿Aun cuando, respondió con suavidad Matifay, tratemos nosotros igualmente de hacer el nuestro, y tomemos por aliado á cierto fugitivo que se oculta en las cercanías?

Champion bajó la cabeza. Estaba vencido. No pudo, sin embargo, menos de dar un grito, que nosotros no podriamos comparar con nada mejor que con el gemido desgarrador de una madre á quien de su pecho se arranca á su hijo.

— ¡Los miserables quieren arruinarme! exclamó.

— ¡Arruinarte! No. ¡Vamos, vamos! Queremos enriquecernos, contestó Matifay encogiéndose de hombros.

— Bien sabes que somos demasiado razonables, el doctor y yo, para venir á pedirte sin mas ni mas cuatrocientos mil francos. Seria mala guerra, y lo que peor es, seria imprudente. Por muy limpio que hagamos nuestro negocio, siempre resultará alguna salpicadura, y nos denunciariamos claramente mostrando que nosotros, forasteros, teníamos interés en los acontecimientos que van á pasar aquí esta noche. — Queda bien entendido que el doctor no está en Noirmont esta noche, sino en virtud de su ministerio; y que yo no he venido, sino para reclamar el pago de esta le-

tra de cambio protestada. Nuestros pretextos son perfectamente plausibles. No lo serian ya, si el público supiera que nosotros tenemos derecho cada uno á la tercera parte de la herencia de la condesa Elena. No temas pues que, por largo espacio de tiempo, nosotros vengamos á reclamarte nuestra deuda.

— Pero, ¡por Barrabás! entonces, ¿qué es lo que quereis? te lo pregunto por tercera vez.

— ¡Oh!... casi nada. Una declaracion haciendo constar que cada uno de nosotros está interesado en tu industria por una suma de cuatrocientos mil francos. El doctor encontrará en ello sus ventajas, porque le daremos intereses tanto ó mas crecidos que los que puedan darle en cualquiera otra colocacion de fondos; y nosotros hallaremos tambien las nuestras, porque con tu habilidad, añadió guiñando el ojo á Champion, y me atrevo á decir con mi inteligencia en los negocios, estoy seguro que nosotros dos ganaremos millones.

— Está bien; me conformo, dijo Champion, dando un suspiro de condescendencia, y murmurando por lo bajo en su interior: Preciso será que sea muy desgraciado si no encuentro una ocasion oportuna para desembarazarme de ellos cuando ya no los necesite.

— Entonces ¿quieres firmar el convenio? preguntó Matifay sacando dos pliegos de papel sellado del bolsillo. Ya están extendidos en toda regla, no tienes por qué temer, pues llevan fechas posteriores; porque, al fin, tú no eres todavía mas que heredero presunto.

Champion se acercó á la luz para leerlos, mientras que Matifay decia entre sí:

— ¡Majadero!... no sospecha que el día que me acomode, arreglaré este negocio con la misma facilidad que si tratase de volver al revés un guante viejo... Firma, firma... ¡pobre hombre! Ganemos por el pronto el millon en compañía... que luego que hayamos sacado las castañas del fuego, ya veremos quién es el que se las come...

Toinon, entretanto, con la nariz metida en su copa, no pensaba en nada, y no hacia mas que repetir casi maquinalmente:

— ¡Un millon y doscientos cincuenta mil francos!...

## IV

## LA CUARTA LUZ.

Entremos ahora en el cuarto que se abre hacia el jardin. Es una vasta pieza cuyas ventanas todas, excepto una, están cerradas estrictamente por dobles contraventanas interiores.

Anchas cortinas de damasco, profusamente guarnecidas, caen sobre las ventanas en derredor de la cama.